

LA REBELIÓN FELICISTA CONTRA EL GOBIERNO DE CARRANZA

EL CONSEJO DE GUERRA EN MONTERREY

LOS EXPEDICIONARIOS AL FIN SON CAPTURADOS POR UN GRUPO DE CELADORES

Conducido a Matamoros, don Félix fue amenazado
con el fusilamiento si no revelaba su identidad
y el objeto que lo había llevado a México

DON PABLO GONZÁLEZ ORDENÓ QUE FUERAN JUZGADOS LOS PRESOS

Llevados a Monterrey se les sujetó a un proceso militar,
pero como Díaz no fue reconocido, el consejo lo absolvió

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO

Estimando que no tardarían en llegar los soldados carrancistas de Matamoros, advertidos por la presencia de un grupo de desconocidos, el general Félix Díaz procedió a quemar los documentos que estaban en su poder y que lo comprometían seriamente.

Destruídos los documentos, el general Díaz se sentó a comer, no sin que durante la comida platicase a los vecinos del pueblo cómo había sido el naufragio y cómo habíanse salvado él y sus amigos.

Las rupturas en el constitucionalismo

Estaba de sobremesa don Félix, cuando llegaron varios celadores del resguardo de Matamoros, y el que hacía de jefe de ellos procedió a interrogar al náufrago.

—*¿Cómo se llama usted?* —comenzó preguntando el jefe de los celadores.

—*Francisco Sánchez, piloto mexicano y capitán de la goleta La Providencia, de matrícula mexicana* —contestó el general Díaz.

Quiso entonces el jefe de los celadores conocer los detalles del naufragio de *La Providencia*, y don Félix refirió exactamente lo mismo que había contado a los vecinos del pueblo poco antes.

Creó el jefe de los celadores que, durante su relato, “Francisco Sánchez” había incurrido en algunas contradicciones y a partir de ese momento insistió una y muchas veces que el náufrago le dijera a qué dedicaba la goleta de la que había sido piloto. El general explicaba que se dedicaba al contrabando entre la costa de los Estados Unidos y la isla de Cuba.

No quedaba satisfecho el jefe de los celadores con las explicaciones que le daba Francisco Sánchez, y estimando que había caído en su poder uno de los tantos contrabandistas de armas y municiones que operaban en las costas de Veracruz y Tamaulipas, mandó un informe sobre el particular al administrador de la aduana de Matamoros, quien a su vez lo transmitió al comandante militar de la plaza.

DECLARADO PRISIONERO DE GUERRA

Poco después llegaba al pueblo una escolta militar. El general Díaz fue declarado prisionero de guerra y en medio de una doble fila de soldados fue conducido, junto con sus acompañantes, a Matamoros.

Durante el camino a Matamoros, el general Díaz estuvo a punto de ser fusilado varias veces. Tanto el jefe de los celadores como el jefe de la escolta pretendían que Francisco Sánchez dijera la verdad, amenazándolo con ejecutarlo en el acto si no hablaba.

—*Usted es un filibustero, y aquí nos dice qué andaba haciendo o lo fusilamos en el acto* —exigía el jefe de los celadores.

—*¿Conoce usted a Félix Díaz?* —le preguntaba el jefe de la escolta militar.

—*Ni soy filibustero ni conozco a Félix Díaz* —contestaba el llamado Francisco Sánchez.

—*A ver, muchachos, a fusilar a ese tal por cual...* —ordenaba el jefe militar.

Don Félix era sacado de las filas y colocado frente al pelotón. No hablaba ni una sola palabra; ni siquiera protestaba.

Y cuando los carrancistas se convencían de que no era posible arrancar confesión alguna al reo, disponían que la marcha fuese reanudada hacia Matamoros. En esta ciudad tanto el general como sus acompañantes fueron sometidos a un interrogatorio todavía más severo. La situación de los detenidos no podía ser más comprometida, debido a que las autoridades carrancistas habían tenido ya noticias ciertas de Nueva Orleans en el sentido de que el general Díaz había desaparecido de territorio norteamericano y que seguramente pretendía entrar a México.

Aunque sin tener la menor sospecha que uno de los prisioneros fuese el general Díaz, los carrancistas sí creían tener frente a ellos a partidarios de éste y quizás a comprometidos en la expedición felicista de que se tenía noticia.

CONDUCTIDO A MONTERREY

Por esta razón, el interés principal de las autoridades militares de Matamoros era arrancar a los prisioneros una confesión no sólo de lo que ellos, los detenidos, pretendían hacer, sino del lugar en que se encontraba el general Díaz.

Dos o tres días pasaron sin que las autoridades pudiesen obtener palabra alguna de los prisioneros, a no ser lo que habían declarado desde un principio, por lo que se resolvió acudir a la última amenaza.

Una noche, el llamado Francisco Sánchez fue sacado de la prisión y conducido a un lugar donde ya estaba lista la escolta para la ejecución.

—*O nos entrega usted los documentos de que es portador o nos dice dónde está Félix Díaz o lo fusilamos* —le dijeron a don Félix.

El general insistió en que era ajeno a las aventuras del general Díaz, a quien no conocía más que de nombre.

—*Dispóngase a morir* —le advirtió el oficial.

Don Félix, resuelto, se colocó frente al pelotón, más al ver la resolución con que obraba, el jefe de la escolta temió cometer un crimen y dispuso que el reo fuese conducido nuevamente al cuartel. Hasta el 9 de marzo estuvo Díaz en Matamoros. El general Pablo González había ordenado que los prisioneros fuesen llevados a Monterrey y consignados a las autoridades militares.

Las rupturas en el constitucionalismo

Llegaron los prisioneros a Monterrey el día 11, y al siguiente comparecieron ante el juez instructor. Éste, muy hábilmente, interrogó en primer término a don Félix. ¿Cuándo habían salido de Galveston? ¿A dónde se dirigían? ¿Qué cargamento llevaba a bordo? ¿A quién iba consignado el cargamento? ¿Qué autoridades habían intervenido en el despacho de la goleta? ¿Qué personas conocidas podían dar referencias de ellos? Estas y otras preguntas las hacía el juez instructor a todos y cada uno de los prisioneros.

Pero siempre eran las mismas respuestas que habían dado desde el principio, siempre la misma historia. El juez fracasaba, sin sospechar siquiera tener frente a él a don Félix Díaz.

Terminada la instrucción, los cinco acusados comparecieron ante un consejo de guerra extraordinario el 26 de abril. El agente del Ministerio Público, sosteniendo que los acusados eran “correos” del general Díaz, pidió para ellos la pena de muerte. Durante el consejo de guerra hubo momentos en que el general Díaz se creyó perdido. Había entre los asistentes al consejo algunos individuos que bien le conocían y no le perdían de vista. Parecía que de un momento a otro alguno de esos individuos saltaría y le identificaría.

EL VEREDICTO ABSOLUTORIO

No fue así, y no porque los desconocidos hubiesen querido salvarle de la muerte, sino porque no pudieron identificarlo, por más que años más tarde esas mismas personas hubiesen asegurado que no habían querido denunciarlo. El hecho fue que después de tres horas de debates e interrogatorios en el consejo, los jueces entraron a deliberar, para regresar bien pronto al salón leyendo veredicto absolutorio. Quedaron los acusados inmediatamente en absoluta libertad, por más que sus pasos eran seguidos por la policía de Monterrey.

Los amigos de don Félix, por instrucciones de éste, marcharon por distintos rumbos. Dos salieron para los Estados Unidos; otros dos se internaron hacia el centro del país con órdenes de llegar lo más pronto posible al estado de Oaxaca para informar a los rebeldes lo que había sucedido y anunciarles el próximo arribo del general en jefe. Mostrándose despreocupado, pero tratando siempre de evadir la vigilancia de la policía, el general Díaz permaneció tres días en Monterrey, y el 3 de mayo en la noche, después de haberse afeitado desfigurándose un tanto, abordó el tren para la Ciudad de México.

Ya a bordo del convoy, don Félix pudo sentirse seguro; se dio cuenta de que nadie le seguía los pasos y de que podía obrar con relativa libertad.

Llegó a la capital de la República el cinco de mayo, asistiendo, como si se tratase de un fuereño, al desfile patriótico de ese día, y convencido de que nadie lo reconocía, pudo hospedarse tranquilamente en un hotel de tercer orden. Por las noches salía del hotel y se dedicaba a visitar a los amigos de mayor confianza. Éstos, por supuesto, se mostraban sorprendidos a la vez que temerosos de que un hombre tan conocido como era don Félix, pudiese ser reconocido fácilmente.

RUMBO A OAXACA

Lo que interesaba al general Díaz era, antes de marchar a Oaxaca, poder dejar en la capital de la República a un grupo de amigos que le sirviese para obtener armas y municiones. Así quedó instalada la junta felicista, mientras que en Oaxaca los rebeldes sabían ya el paradero de su jefe y se aprestaban a recibirlo.

Establecida la junta, y habiendo dado a conocer a sus amigos los planes de campaña que había formulado, para el general Díaz no quedaba más que un problema por resolver; era éste el de salir de la Ciudad de México para marchar a Oaxaca.

Dispuso entonces el general que una guerrilla revolucionaria cruzase el estado de Puebla y llegase hasta un punto cercano a la estación ferrocarrilera de San Marcos. Noticiado de que la guerrilla se había movilizado, el general se despidió de sus amigos y se dirigió a la estación del ferrocarril, él solo, tomando pasaje para Pachuca.

Iba vestido el general como hombre de campo, confiando en que nadie le reconocería. Sin embargo, ya a bordo del tren se dio cuenta de que alguna persona no le perdía de vista, y como ya se hablaba de que el general Díaz había penetrado en la República, apenas caminados unos cuantos kilómetros, optó por abandonar el convoy. Descendió del tren en la primera estación, y allí esperó el paso del convoy de pasajeros del Ferrocarril Mexicano con dirección a Veracruz. A bordo de este tren, y para no despertar sospechas, púsose a platicar con algunos pasajeros, haciéndose pasar como rico hacendado que iba a visitar sus propiedades en el estado de Puebla.

Las rupturas en el constitucionalismo

Pocas horas después, el general Díaz abandonaba el convoy en la estación de San Marcos. Allí le esperaban varios individuos que le recibieron como se recibe a un poderoso patrón. Eran estos individuos, altos jefes de los rebeldes que operaban en el estado de Puebla y que le hicieron saber que la guerrilla que lo escoltaría a Oaxaca se encontraba en las cercanías de la estación.

Confiando siempre en su buen disfraz, el general Díaz pidió a sus supuestos empleados que le llevasen los caballos hasta la estación, y allí, en presencia de los soldados que se encontraban de guarnición, montó y se alejó, seguido de sus amigos en dirección a una de las más cercanas haciendas.

Nadie sospechó que aquel bien plantado hacendado fuese el hombre que iba a encabezar la revolución contra el régimen carrancista y pudo así don Félix alejarse de San Marcos para encontrar a poco andar a los hombres que le esperaban para escoltarlo hasta Oaxaca.

La alegría de los rebeldes fue enorme. Durante tres meses habían estado esperando al jefe. Habían sabido que no le había sido posible desembarcar en las cosas veracruzanas; habían sabido también que la goleta había naufragado. Lo único que ignoraban era que don Félix hubiese estado prisionero de los carrancistas y que éstos, después de haberlo sometido a un consejo de guerra y sin llegar a reconocerlo, lo hubiesen absuelto dándole la oportunidad para marchar a la Ciudad de México y de allí al estado de Puebla.

Fue el 10 de mayo cuando el general Félix Díaz se encontró con su gente en las cercanías de San Marcos, Puebla. El viaje de San Marcos a Oaxaca fue hecho sin tropiezo alguno, aunque con todo género de precauciones.

Cuatro días después, don Félix llegaba a territorio oaxaqueño, a ponerse al frente de la revolución anticarrancista.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 20 de junio de 1937, año XI, núm. 278, pp. 1-2; segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 20 de junio de 1937, año xxv, núm. 128, pp. 1, 7.